

Las revistas literarias hispanomexicanas en el contexto de la Generación Mexicana del Medio Siglo

ENRIQUE LÓPEZ AGUILAR | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, AZCAPOTZALCO

Resumen

El éxodo de los refugiados españoles a Francia y, luego, a México comenzó con la paulatina derrota de la Segunda República Española. Los hijos de los republicanos exiliados que eligieron la literatura y la filosofía crearon cinco revistas con distintas vidas editoriales (1948-1956) para darse a conocer entre sus paisanos y los mexicanos interesados, donde expusieron sus intereses y curiosidad literarias, o su militancia política y posiciones ideológicas, así como su acercamiento al país de acogida. Luego, la Facultad de Filosofía y Letras, en Mascarones, les permitió encontrarse con otros jóvenes escritores mexicanos en ciernes: esa sería una parte de la generación mexicana del Medio Siglo con la que terminaron integrándose casi todos ellos.

Abstract

The exodus of the Spanish refugees to France and later to Mexico began with the gradual defeat of the Second Spanish Republic. The children of the exiled Republicans, who chose literature and philosophy subjects, created five magazines with different editorial visions (1948-1956) to make themselves known among their countrymen and those interested Mexicans, where they exposed their literary interests and curiosity or their political militancy and ideological positions, as well as their approach to the country that hosted and welcomed them. Later, the Faculty of Philosophy and Letters, in Mascarones, allowed them to meet other young budding Mexican writers that would

be a part of the Mid-Century Mexican generation with which they ended up being integrated.

Palabras clave: Guerra civil española, exilio, refugiados españoles, hispanomexicanos, grupos literarios, subgrupos literarios, revistas literarias, *Clavileño*, *Presencia*, *Hoja*, *Segrel*, *Ideas de México*, Mascarones, generación mexicana del Medio Siglo, *Revista Mexicana de Literatura*.

Keywords: Spanish civil war, exile, Spanish refugees, Hispano-Mexicans, literary groups, literary subgroups, literary magazines, *Clavileño*, *Presencia*, *Hoja*, *Segrel*, *Ideas de México*, Mascarones, Mexican generation of the Mid-Century, *Revista Mexicana de Literatura*.

Para citar este artículo: López Aguilar, Enrique, "Las revistas literarias hispanomexicanas en el contexto de la Generación Mexicana del Medio Siglo", en *Tema y Variaciones de Literatura*, número 61, semestre II, julio-diciembre de 2023, UAM Azcapotzalco, pp. 47-67.

El tercer viaje de los galeones entre España y México

El 18 de julio de 1936, los llamados "nacionalistas" españoles (una derecha política que involucraba a militares, Iglesia católica, oligarquía monárquica, Falange y ejército) comenzaron una insurrección militar contra la II República Española en el norte de África, con lo que se dio inicio a una guerra fratricida que terminó el 1 de abril de 1939, exactamente cinco meses antes de que la Alemania nazi comenzara la invasión de Polonia para dar comienzo a la segunda guerra mundial. Como se sabe (y no es el tema de este trabajo), la guerra civil fue cruenta: las potencias "aliadas" (Inglaterra y Francia) se desentendieron del conflicto, las del Eje (Alemania e Italia) se involucraron en favor de los "nacionalistas" y la URSS apoyó la causa republicana. Fue un ensayo de la gran guerra que vendría, en todos los niveles del término, desde el político y el militar hasta su impacto en la población urbana. Entre la indiferencia aliada y el apoyo del Eje, los "nacionalistas" ganaron la guerra con el rápido beneplácito aliado: Inglaterra y Francia no parecieron imaginar el costo casi inmediato que pagarían por dicha indiferencia en la que un régimen legítimo fue derrotado por la insurrección fascista comandada por Francisco Franco.

El exilio de los republicanos españoles comenzó como consecuencia de la progresiva derrota de la Segunda República y tuvo como primeros (y relativamente breves) destinos a Francia e Italia. En 1937 llegó a México el primer grupo de exiliados: 456 huérfanos, menores de edad, abordaron el *Mexique* en el puerto francés de Burdeos, invitados por las autoridades mexicanas para protegerlos de la guerra (los llamados "Niños de Morelia"). En 1938 fue llegando a México una treintena de intelectuales con quienes se fundó la Casa de España en México (el futuro Colegio de México), para realizar investigaciones y trabajar en sus respectivas especialidades, bajo el auspicio de Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas. Entre esos primeros refugiados se encontraban José Gaos, Enrique Díez-Canedo, Juan de la Encina, Jesús Bal y Gay, Agustín Millares Carlo, Adolfo Salazar, María Zambrano, León Felipe, José Moreno Villa, Luis Recaséns Siches y otros profesionistas más.

Lázaro Cárdenas, informado de la difícil situación de los refugiados españoles en los campos franceses de concentración, decidió admitir en México a un número ilimitado de ellos en los primeros meses de 1939, si las organizaciones republicanas en el destierro se comprometían a costear el transporte y contribuir a su instalación en el país de acogida. Así, los viajes fueron organizados por el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE) y el Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados Españoles, una organización mexicana.

Las primeras oleadas de refugiados llegaron a México a partir de abril de 1939,

procedentes de Francia, en los barcos *Sinaia*, *Ipanema*, *Mexique* y *Flandra*. El *Champlain* naufragó a la salida de Marsella, tal vez alcanzado por un torpedo o una mina. El primer buque, *Sinaia*, partió de Sète el 23 de mayo de 1939 y llegó al puerto de Veracruz diecinueve días después, el 13 de junio de 1939. En total, se embarcaron 1,800 personas entre las que se incluían 307 familias y una mayoría de varones que pasaba de los quince años (953, en total), que se habían refugiado tras la progresiva caída de Vasconia, Aragón, Navarra y Cataluña (las regiones fronterizas con Francia). Todos los pasajeros habían sido liberados de los campos franceses de concentración. Al *Sinaia* le siguieron el *Ipanema* (7 de julio, con 998 personas), el *Mexique* (27 de julio, con 2,200 personas), el *Flandra* (7 de noviembre, con 273 personas), el *Nyassa* (22 de mayo de 1942, con 863 personas) y *Serpa Pinto II* (1 de octubre de 1942, con sólo 36 personas).

Entre esas fechas, algunos de los buques mencionados arribaron varias veces a los puertos de Veracruz y Coatzacoalcos con diferente número de exiliados hasta 1942, año en que concluyó la emigración. Se calcula que llegaron al país entre 22,000 y 25,000 españoles republicanos, a los que se consideró un "selecto grupo de alto nivel", heterogéneo y con abundancia de artistas, catedráticos y profesionistas, aunque esta inmigración intelectual, o de "élite", representaba, en realidad, el 25 % del total (unas 5,500 personas). El mayor contingente de refugiados pertenecía a la clase media urbana y, en mucho menor número, había obreros calificados y campesinos, pues la

clase baja casi no tuvo posibilidades de escapar de España. Entre los refugiados también había militares (marinos y pilotos de aviación), economistas y funcionarios vinculados con el gobierno derrocado.

Una vez en México, los refugiados se dieron a la tarea de fundar un tumulto de instituciones españolas aclimatadas aquí, con apoyo de la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles), muchas de las cuales se desarrollaron para ofrecer a los hijos una suerte de remanso español dentro de México: el Instituto Luis Vives, la Academia Hispano-Mexicana, el Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón (transformado en Colegio Madrid desde 1941), el Ateneo Español de México, la Casa de España en México... Enrique de Rivas ofreció una lúcida lectura de los entornos fabricados por los padres que, a la postre, terminaron por desesperar a algunos de sus inventores:

Crecimos, pues, en “tientos” hechos para nosotros, es decir, en ambientes familiares reconstituidos en función principalmente de lo que había que preservar, en colegios hechos para nosotros, con maestros para nosotros, envueltos en una mitología para nosotros, mitología que nacía, como todas, de la observación de las catástrofes naturales: la mitología de una religión de libertad y de ideales nobles.

Ése fue el aire de los que llegamos a México en nuestra infancia o primera adolescencia. Hasta 1945, final de la guerra planetaria, crecimos así, y todavía se nos dieron de propina unos años más: era inevitable —se aseguraba— la caída del régimen franquista. Mientras tanto, seguíamos “refugiados” en México, y por lo tanto *éramos* refugiados. Circunstancia y esen-

cia quedaban plenamente justificadas en una aplicación del verbo *ser* que se sentía como una ejecutoria.

Resultado: nos forjaron una conciencia de españoles impregnada del orgullo de ser “refugiados”; (¿pero es necesario explicarlo?) de españoles republicanos para quienes la República era España, y a falta de “tocarla” tocábamos sus símbolos: su himno, su bandera, sus centros de reuniones, sus publicaciones, sus actos conmemorativos; pronto, sus entierros: cada funeral era como enterrar un poco de España.

Todo eso era válido, era la realidad, nuestra realidad cotidiana y más segura. Segura como una roca, porque lo que vivíamos, ese “ser refugiados”, era vivir en un paréntesis, y segura porque siendo aún niños de trece o catorce años no había entrado en nosotros ni siquiera la “duda” que comporta toda toma de conciencia. No teníamos “conciencia” de ello porque dentro de ello estábamos, formando parte suya. El símbolo todavía era carne.¹

Los escritores hispanomexicanos y la Generación Mexicana del Medio Siglo

La nómina de la llamada generación mexicana del Medio Siglo es muy amplia e incluye a narradores, poetas y ensayistas nacidos entre 1925 y 1939: Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Sergio Pitol, Jorge Ibarguengoitia, Inés Arredondo, Juan Vicente Melo, Huberto Batis... Muchos de ellos fueron iconoclastas, irreverentes, ciné-

¹ Enrique de Rivas, “Destierro: ejecutoria y símbolo”, p. 24.

filos “de no muy buenas costumbres”, según José de la Colina²; fue “la generación alcohólica”, a decir de Juan García Ponce³. Un segmento de la Generación del Medio Siglo fue la que en los años sesenta convirtió a la Casa del Lago en uno de los centros más destacados de la vanguardia artística. Al referirse a Federico Patán, uno de los escritores hispanomexicanos, Alfredo Pavón afirma:

Si nos atenemos a la fecha de su nacimiento, Federico Patán forma parte de la generación del Medio Siglo: Emilio Carballido (1925) [...] - José Emilio Pacheco (1939). Si recurrimos a su lugar de nacimiento y a su país de formación existencial e intelectual, se integra al grupo hispanomexicano, esto es, a aquellos escritores que vieron la luz primera en España y después se trasladaron a México, si bien algunos de ellos continuaron después su viaje: Roberto Ruiz (1925), Tomás Segovia (1927), Arturo Souto Alabarce (1930), Pedro E. Miret (1932), José de la Colina (1934), Angelina Muñiz-Huberman (1936)⁴.

Más tarde, el mismo Alfredo Pavón co-regirá (siempre refiriéndose a la vertiente narrativa de Patán y a los narradores mexicanos de la Generación del Medio Siglo):

Vino de allá, Gijón, Asturias, España, donde naciera, en 1937, para pertenecerle también a México, al cual arribará en 1939, tras breve residencia en Francia. Y en este acá, entrañable, fundó, con su trabajo de traductor-antologador, poeta, ensayista, periodista cultural, novelista y cuentista, uno de los veneros más proteicos de las letras mexicanas del siglo xx. Vino de allá y acá se le vinculó, por su fecha de nacimiento, con la Generación del Medio Siglo –Emilio Carballido (1925), Sergio Galindo (1926), Inés Arredondo (1928), Jorge Ibar-güengoitia (1928), Amparo Dávila (1928), Carlos Fuentes (1928), Margo Glantz (1930), Juan García Ponce (1932), Salvador Elizondo (1932), Tomás Mojarro (1932), Juan Vicente Melo (1932), Sergio Pitol (1933), Elena Poniatowska (1933), Vicente Leñero (1933), Beatriz Espejo (1936), Juan Manuel Torres (1938), José Emilio Pacheco (1939)–; por su lugar de nacimiento y por el país donde se formó existencial e intelectualmente (México), con el grupo hispanomexicano –Roberto Ruiz (1925), Tomás Segovia (1927), Arturo Souto Alabarce (1930), Pedro F. Miret (1932), José de la Colina (1934), Angelina Muñiz-Huberman (1936)–; por sus intereses narrativos con dos miembros de la Generación del Medio Siglo, Sergio Galindo y José Emilio Pacheco [...], y con el grupo de la *Revista Mexicana de Literatura*, especialmente Inés Arredondo, Juan García Ponce y Juan Vicente Melo [...], también a algunos de los hispanomexicanos, como José de la Colina y Angelina Muñiz-Huberman.⁵

² José de la Colina, “Los transferrados en el cine mexicano”, p. 670.

³ Declaración que coincide con otra, de Arturo Souto, quien describía como “temibles” a las tertulias de Emilio Prados en El Hórreo, tanto por la trasnochada como por la cantidad consumida de alcohol.

⁴ Alfredo Pavón, *Te llamamos Federico*, p.15.

⁵ *Id.*, “Elegir es arder”, en *La dicha del escritor...*, pp. 39-41.

Curiosamente, será la española Susana Rivera –viuda del poeta Ángel González– quien vincule a los escritores de la segunda generación exiliada con los poetas del Medio Siglo Mexicano:

El grupo hispano-mexicano coincide con la generación española del “medio siglo”. En México habrá que situarlo entre los poetas de la promoción de los 50, nacidos entre 1920 y 1925 (Jaime Sabines, Rosario Castellanos, Jaime García Terrés) y el grupo de poetas más jóvenes, nacidos después de 1930 (Juan Bañuelos, José Emilio Pacheco, Gabriel Zaid, Homero Aridjis, entre otros)⁶.

Antes de insertar mecánicamente a los escritores del grupo hispanomexicano dentro de la corriente generacional mexicana que parece serles propia, debe recordarse que el exilio español en México incidió en varias transformaciones del país. La llegada de los exiliados a Veracruz, entre 1939 y 1942, coincidió con el momento en que aquí comenzaban a fermentar muchas ideas de cambio respecto al nacionalismo a ultranza, producto de la Revolución. La primera generación de exiliados trajo consigo profesionistas, empresarios, artesanos e intelectuales que ayudaron a cambiar la percepción de las cuestiones nativas: desde la fundación de la Casa de España en México y, luego, del Colegio de México, hasta la aparición de cafés, editoriales, revistas y escuelas de educación básica y media, inspiradas en el modelo de la Institución

Libre de Enseñanza. Esa primera generación española coincidía, por edad, con los grupos que, en ese momento, hacían la cultura más visible de México, pero, también, con los que comenzaban a pensar en otra manera de producirla.

Por lo mismo, no es accidental que los hijos de los exiliados coincidieran, por edad e intereses, con los mexicanos que después formarían la generación del Medio Siglo. Además, muchos mexicanos e hispanomexicanos fueron compañeros en la Universidad, sobre todo en Mascarones, de lo cual queda evidencia en la llamada *Antología Mascarones*: Inocencio Burgos, José Pascual Buxó, Luis Rius, César Rodríguez Chicharro y Tomás Segovia –por parte de los hispanomexicanos–, compartieron espacio en la mencionada antología junto con los mexicanos Jesús Arellano, Héctor Azar, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Luisa Josefina Hernández, Margarita Paz Paredes y Jaime Sabines⁷. Posteriormente, la colaboración del primer grupo hispanomexicano con la generación del Medio Siglo fue diversa: Carlos Blanco Aguinaga participó con Tomás Segovia y Carlos Fuentes en la *Revista Mexicana de Literatura*; más adelante, el mismo Segovia fue integrante del grupo mexicano que configuró el segmento conocido como de la Casa del Lago, y Jomí García Ascot se enfiló como crítico de artes plásticas y de cine en diversas revistas mexicanas. En otro nivel,

⁶ Susana Rivera, *Última voz del exilio*, p. 37.

⁷ Cf. Julio C. Treviño (ant.). *Antología Mascarones. Poetas de la Facultad de Filosofía y Letras*. Intr., advertencia y notas de JCT, colofón de Francisco Monterde. UNAM, México, 1954, 220 pp.

Manuel Durán estuvo cerca de Octavio Paz y del Fondo de Cultura Económica, editorial igualmente influida por el ímpetu exiliar.

Dentro del primer segmento de hispanomexicanos, Nuria Parés se encontró alejada de la cultura mexicana, en general (incluso de la de su horizonte personal, la de los hijos de los exiliados); tal vez pueda decirse que el encuentro entre el segundo segmento (Rodríguez Chicharro, Pascual Buxó, De Rivas, Rius) y la Generación del Medio Siglo ocurrió, primero, en Mascaraones, salvo Rius, quien siempre tendió a mirar más a lo español que a lo mexicano. En cuanto al tercer segmento generacional, el de Francisca Perujo, Gerardo Deniz, Muñiz-Huberman y Patán, pareciera más claro que su incorporación al impulso generacional del Medio Siglo fue paulatina, cuando se integraron más plenamente al medio cultural con su trabajo creativo. No sólo Perujo emigró a Italia, sino que Deniz, Muñiz-Huberman y Patán vivieron en entornos más mexicanos que españoles, y sus publicaciones fueron más tardías que las del resto de los hispanomexicanos, incluso por la mera lógica de sus respectivas fechas de nacimiento.

Al margen de trayectorias e incidentes personales, debe considerarse que la obra y las personas del grupo hispanomexicano son una vertiente inconfundible de la generación mexicana del Medio Siglo, cuya nómina es, de por sí, abundante y variada, con muchos grupos internos y no escasas peculiaridades entre los escritores que fueron nativos “por nacimiento”. Aunque los hispanomexicanos respiraron su primer aire dentro de una atmósfera española, la vida

los fue llevando progresivamente al contacto con los escritores mexicanos y a un entorno cultural que ya no era el de España. Asimismo, si en un primer momento algunos de ellos trataron de escribir para los demás exiliados, terminaron avanzando en un proceso de asimilar lo mexicano y de ser asimilados por la cultura mexicana, salvo en el caso de quienes, por su “fronterismo”, prefirieron mantenerse dentro de una curiosa burbuja peninsular, como Parés y Rius. Otros, más *nepantlas*, se quedaron “entre las dos tierras”, como Durán, Blanco Aguinaga, García Ascot, Segovia, De Rivas y Perujo, aunque nunca dejaron de tener un pie en México. Y el resto del grupo siempre se mantuvo aquí.

Las revistas literarias hispanomexicanas

El fenómeno de las revistas literarias del grupo hispanomexicano permite definir los contornos de los tres subgrupos que lo integran: en el caso de los dos primeros, sus siluetas se distinguen tanto por la cercanía de las fechas de nacimiento como por la pertenencia a alguna de las revistas y, sobre todo, al espíritu de las mismas; en el caso del tercero, por su nula relación con las publicaciones del grupo, aunque no faltan las asimetrías y las imperfecciones a la hora de pretender la adjudicación de pertenencias grupales o la postulación de etiquetas. Dentro de esta línea de meditaciones es que José Paulino percibe lo siguiente:

Entre ellos mismos se ha detectado la distinción de dos subgrupos de edad que se miraban

con desconfianza y que darían como resultado la creación de revistas diferentes en la Universidad: *Presencia* (1948), de los mayores, y *Clavileño* y *Segrel* del grupo de Rius, Souto, etc. Aunque hubo miembros comunes y colaboraciones cruzadas.⁸

La percepción de Paulino, sin embargo, se matiza con la siguiente afirmación de Blanco Aguinaga:

[...] entre quienes asistíamos con regularidad a las reuniones de los sábados o publicamos en todos los números [de *Presencia*], [...] once éramos refugiados españoles y [...] publicamos primeros poemas de los algo más jóvenes Inocencio Burgos y Luis Rius (asociados generalmente con *Clavileño*) [...].⁹

Este comentario, a su vez, se matiza con otro realizado por Roberto Ruiz:

Burgos y Rius no formaban parte del grupo de *Presencia*, sino de *Clavileño*. Sí, publicaron algo en nuestra revista, pero no asistían a las importantes reuniones semanales, donde se recaudaban fondos, se intercambiaban ideas y se escogían los materiales de publicación. [...] el mexicano Enrique Echeverría [...] apareció en los últimos números como editor responsable, y diseñó la portada de las nueve letras en tres filas.¹⁰

Y Francisco González Aramburu expresó lo siguiente:

[ellos] sostenían un españolismo militante. Y más te voy a decir: eran castellanistas, casticistas, machadistas. Nosotros detestábamos a León Felipe, ellos [los escritores de la revista *Clavileño*] lo adoraban. Eran bastante enamorados del gesto de la exageración sentimental. Nuestro grupo [el de *Presencia*] era todo lo contrario. Con ellos teníamos un contencioso. Ellos decían que nosotros éramos extranjerizantes. Y es que la verdad es que la mayoría de nosotros podía leer en otras lenguas y leía mientras que ellos no, sólo leían en español y literatura española.¹¹

Aunque lo dicho por González Aramburu insiste en la misma separación de subgrupos dentro del joven grupo de escritores hispanomexicanos (los más cosmopolitas de *Presencia*, frente a los más españolizantes de *Clavileño* y *Segrel*), el supuesto "encono" (o "contencioso", como lo designa González Aramburu) entre las ideas y posiciones sostenidas por los integrantes de cada revista no impidió que algunos de ellos pudieran hospedarse en alguna de las revistas de ideas contrarias: así como Rius y Burgos publicaron en *Presencia*, Segovia (quien, por cuestiones de edad, estaba más

⁸ José Paulino, "Estudio", p. 197.

⁹ Carlos Blanco Aguinaga, "Presencia: breve nota personal sobre una revista juvenil del exilio", en *Ensayos sobre la literatura del exilio español*, p. 188.

¹⁰ Roberto Ruiz, "Carta del 24 de febrero de 2000 a Bernard Sicot", en Bernard Sicot, *Ecós del exilio. 13 poetas hispanomexicanos. Antología*. Edició de

Castro, Coruña, 2003 (© 2003), p. 41. (Biblioteca del Exilio, 17)

¹¹ Eduardo Mateo Gambarte. "Segunda generación del exilio: generalidades", en *Los niños de la guerra. Literatura española del exilio español en México*. Pagès Editors/Universitat de Lleida, Lleida, 1996, p. 63, cit. por Bernard Sicot, *Ecós del exilio...*, pp. 37-38.

cerca de los autores de la revista mencionada) publicó en casi todas las revistas hispanomexicanas sin comprometerse demasiado con ninguna. De hecho, salvo Blanco Aguinaga, García Ascot y Durán, es bastante raro encontrar que alguno de los autores de *Presencia* aparezca en las demás revistas. Cabe insistir en que la índole de las colaboraciones no se limitaba a los poemas, sino que también se entregaban artículos, ensayos, reseñas y traducciones:

La crítica literaria, los textos de creación, especialmente la poesía, tienen evidentemente en *Presencia* un lugar destacado. Pero, mucho más cosmopolita que *Clavileño*, además de textos en francés y en inglés, la revista incluye también textos en euskera, en catalán y en gallego, dando de la realidad española una imagen implícita que concordaba con las convicciones republicanas de sus miembros.¹²

¿Qué ocurre, entonces, con las posiciones representadas por las revistas? Si *Clavileño* y *Segrel* representan la mirada a España, y *Presencia* una posición más cosmopolita y, simultáneamente, más comprometida con el pensamiento republicano, *Ideas de México* refleja la intención de fusionar a hispanomexicanos con mexicanos, tal vez dentro de una incipiente percepción de pertenecer a lo que luego se llamaría la generación del Medio Siglo: Rodríguez Chicharro y Pascual Buxó fueron compañeros de, por ejemplo, Jaime Sabines y Rosario

Castellanos en Mascarones. Como sea, la mayor parte de los integrantes del grupo de poetas hispanomexicanos se repartió entre las cuatro revistas mencionadas. *Hoja*, casi siempre dejada de lado, fue fundada por Segovia y puede considerarse, sin dudas, una revista de autor. No en balde, cuando se habla de los poetas y las revistas suele hacerse mención de todos los nacidos entre 1924 y 1928 (incluido Ramon Xirau), y entre 1930 y 1931, con particular énfasis en las posiciones antagónicas de *Clavileño* y *Presencia*:

[...] para volver a los poetas que colaboran en estas dos revistas [*Clavileño* y *Presencia*] si fuera necesario deslindar dos grupos distintos, lo que les distinguiría más claramente no sería una muy relativa diferencia de edad sino la ostentación de cierto apolitismo por un lado, alrededor de Luis Rius, y unas afinidades políticas muy marcadas por el otro, alrededor de Jomi García Ascot, afinidades claramente de izquierdas especialmente en lo que concierne a Ángel Palerm y Jacinto Viqueira, que eran efectivamente mayores que sus compañeros de *Clavileño* e, inclusive, de *Presencia*. En su mayoría, los del primer grupo [*Clavileño*] estudiaron Letras y los del segundo [*Presencia*] tuvieron una formación más filosófica [...].¹³

¿Y el tercer subgrupo? Todo lo anterior remarca el hecho de que los dos primeros, más cercanos en el tiempo, compartieron algunos hábitos y publicaciones; también

¹² *Ibid.*, p. 42.

¹³ Sicot, *ibid.*, pp. 42-43.

acentúa la condición de que el tercero siempre quedó al margen y, en ese margen, pareciera el más definido de todos: es excéntrico respecto a todo el grupo hispanomexicano porque no publicó en ninguna de las revistas del grupo ni fundó una para ellos, tampoco compartió maestros literarios, ni participó en tertulias generacionales. De entre los cuatro del grupo, sólo Angelina Muñiz-Huberman mostró su interés por ingresar a una escuela de refugiados cuando pasó a la preparatoria, donde tuvo como maestros a jóvenes integrantes de los primeros subgrupos, como Rius y Souto. Deniz y Patán estuvieron incrustados en escuelas mexicanas y quedaron separados del resto de su generación por diversas razones biográficas. Académicamente, Perujo se licenció en Historia, Patán en Letras Inglesas y Deniz optó por abandonar los estudios universitarios. Sólo Muñiz-Huberman eligió el camino de las Letras Hispánicas, como la mayoría de los poetas del segundo subgrupo, aunque sus posgrados la orientaron posteriormente hacia la literatura comparada.

Nota curiosísima: tres de los cuatro poetas del tercer subgrupo ganaron la mayoría de los premios Xavier Villaurrutia concedidos al grupo hispanomexicano: Angelina Muñiz-Huberman, Federico Patán y Gerardo Deniz (en orden de adjudicación); ese premio lo comparten con otros dos del primer subgrupo: Tomás Segovia y Jomí García Ascot (también, en el mismo orden). De manera que el segundo subgrupo —no obstante haber sido el impulsor de tres de las cinco revistas de todo el grupo poético— no sólo es el que mayor despoblamiento

padeció por causa de las tempranas muertes de sus integrantes (Burgos, Rius, Rodríguez Chicharro, en el orden de sus respectivas defunciones), sino que no obtuvo ese que se considera uno de los premios literarios más apreciados en México, no por los emolumentos que ofrece, sino por su prestigio.

Hay más excentricidades: Francisca Perujo vivió en Italia (aunque fue la primera persona involucrada —en tanto que integrante del grupo poético— que se propuso ofrecer un panorama de los poetas hispanomexicanos mediante la *Antología* publicada por Peña Labra, en España); Gerardo Deniz se declaró mexicano sin cortapisas y no estaba mayormente conmovido ante la idea de ser hijo de españoles y de haber nacido en España; Muñiz-Huberman ha canalizado parte de sus trabajos literarios y académicos hacia la comprensión de la diáspora judía y los exilios españoles, así como a los estudios llamados “de género”; Federico Patán traduce literatura del inglés al español, dio cursos de literatura inglesa y comparada en la Facultad de Filosofía y Letras, de la UNAM, y ha declarado que, después de visitar Gijón —donde nació—, la ciudad no sólo no le gustó sino que no le produjo ninguna emoción ni le dijo nada... ¿No ocurre que este “grupo sin grupo” es, con su excéntrica marginalidad, el mejor perfilado de todos los subgrupos hispanomexicanos? No obstante sus claras diferencias individuales, los cuatro integrantes del tercer subgrupo comparten una vaga o ambigua relación con España, el abordamiento de temas y campos de trabajo poco usuales para los dos primeros sub-

grupos, un cosmopolitismo que los acerca a *Presencia*, y lo que es más insólito: un vínculo más natural y asumido con México.

Otros datos para el tercer subgrupo: todos sesean y ninguno cecea (salvo, tal vez, durante las visitas a España y por lapsos de breve contaminación fonética). Por contraste, valdría la pena recordar la manera casi deliberada como ceceaban Rius y Rodríguez Chicharro, o el ceceo ineludible de Ramon Xirau, frente a la suave manera como lo hacían Blanco Aguinaga y Arturo Souto (aunque Pascual Buxó, no obstante pertenecer al subgrupo intermedio, no ceceaba). Sin embargo, como buenos hijos de familias españolas, a veces mostraban rasgos de laísmo y leísmo peninsulares, no sólo perceptibles en sus respectivas hablas cotidianas, sino en algunos de sus textos escritos, particularmente los derivados de entrevistas (que, se supone, registran la manera de hablar de la persona entrevistada). Dejo a los lingüistas la investigación pertinente relacionada con la manera de producir el español entre los integrantes del medio hispanomexicano, y sólo insistiré en el hecho constatable de que el tercer subgrupo sesea.

Clavileño (1948), Presencia (1948-1950), Hoja (1948-1949), Segrel (1951), Ideas de México (1953-1956)

Hace 75 años, una parte del joven grupo de escritores hispanomexicanos decidió aparecer en público mediante cinco revistas de muy diversos perfiles, talentos e importancia; todas tendieron a ser de vida efi-

mera, salvo *Presencia* e *Ideas de México*, que alcanzaron una duración de dos y tres años, respectivamente. Asimismo, su persistencia fue diversa: *Clavileño* publicó dos números; *Presencia*, ocho (dos de ellos fueron dobles); *Hoja*, cinco; *Segrel*, dos; e *Ideas de México*, dieciséis (cuatro de ellos, dobles). En las cinco fueron apareciendo todos los autores de los dos primeros subgrupos literarios, con distintas proporciones y colaboraciones. Aquí analizaré algunas de las cualidades y características de dichas revistas.

En busca de las revistas hispanomexicanas

Hay una afirmación del imprescindible crítico e investigador francés, Bernard Sicot, de la que se deduce la sugerencia de que la obra de los escritores hispanomexicanos es de fácil acceso en México, pues dijo lo siguiente en el prólogo de su antología, *Ecos del exilio*:

[...] si, desde mediados de los años ochenta, han podido llegar [los textos poéticos del grupo hispanomexicano] más y mejor al público de este lado del Atlántico [Sicot es investigador de La Sorbona y publicó su antología en España], sobre todo en España, es gracias a la publicación de sus obras, parcial o totalmente, en editoriales españolas. Tomás Segovia, Francisca Perujo, Enrique de Rivas, Ramón Xirau y Luis Rius son ahora accesibles sin tener que recurrir a lejanas editoriales mexicanas.¹⁴

¹⁴ *Ibid.*, p. 18.

Sicot menciona a dos autores (Perujo y De Rivas) que emigraron a Italia y publicaron en Valencia; a uno (Segovia) que distribuyó estancias semestrales entre España y México; a dos (Xirau y Rius) que, diversamente, supieron mantener nexos con España y las "lejanas editoriales españolas". En España y México, la obra de muchos de ellos es de muy difícil acceso, salvo que se rastree en bibliotecas especializadas o se aborde directamente a los herederos de los autores, a los amigos personales que dispongan de una buena biblioteca o a investigadores especializados en el tema. ¿Qué ocurre con los autores restantes? En México, es prácticamente inconseguible la obra poética "regiomontana" y defecha de García Ascot, y casi lo mismo puede decirse del resto de la generación: además de los ya mencionados, en México casi son tesoros enterrados las obras poéticas de Parés, Rius, Rodríguez Chicharro y Perujo. O no existen reediciones, o desaparecieron las editoriales (Segrel, Talleres Gráficos de la Nación, Ecuador 0° 0' 0" y Martín Casillas, por sólo citar cuatro ejemplos) y las colecciones (como Luna Hiena, de la Universidad Veracruzana), todo lo cual es algo que afecta indistintamente a poetas como Manuel Durán y Federico Patán, antípodas del grupo hispanomexicano (salvo a quienes tengan sus obras reunidas bajo un sello editorial como el del Fondo de Cultura Económica).

El Fondo de Cultura Económica, la UNAM y la UAM-Azcapotzalco han dado impulso a la edición de las obras recogidas de varios autores. Es el caso de Gerardo Deniz (*Erdera*, FCE, 2005), Ramon Xirau (*Poesía completa. Edición bilingüe*, FCE, 2007), José Pas-

qual Buxó (*Memoria de la poesía*, UNAM, 2010), Angelina Muñoz-Huberman (*Rompeolas. Poesía reunida*, FCE, 2012), Manuel Durán (*Laurel*, UAM-A, 2013), Federico Patán (*Paisajes transitorios*, UAM-A, 2013), Enrique de Rivas (*En el umbral del tiempo*, UAM-A, 2013); la obra poética dispersa de Carlos Blanco Aguinaga, Inocencio Burgos, Alberto Gironella, Francisco González Aramburu, Víctor Rico Galán y Roberto Ruiz (*Sextante*, UAM-A, 2013); Arturo Souto (*Cuentos a deshora*, Bonilla Artigas Editores, 2013), José de la Colina (*Traer a cuento: narrativa (1959-2003)*, FCE, 2014) y Tomás Segovia (*Cuaderno del nómada. Poesía completa*, 2 vols., FCE, 2014). Eso facilita el acceso a la obra de los autores mencionados, pero su (des)conocimiento depende de un problema adicional que es el de la escasez de un público lector en México y, dentro de éste, el interesado en la obra escrita por los autores hispanomexicanos.

Bajo esta perspectiva, resultan tan lejanas las editoriales españolas como las mexicanas y es una pesquisa laboriosa toparse con los ejemplares de los escritores, incluso con obras que incluyen a mexicanos e hispanomexicanos, como la *Antología Mascarones. Poetas de la Facultad de Filosofía y Letras* (con textos de Burgos, Pascual Buxó, Rodríguez Chicharro y Segovia, junto con otros de Azar, Rosario Castellanos y Sabines, como señalé antes), del cual sobreviven dos ejemplares en la Biblioteca Central de la UNAM y ya es muy difícil de conseguir, incluso en las librerías de viejo.

Para el caso de las cinco revistas publicadas por los escritores hispanomexicanos, cuyo orden de aparición fue el siguiente:

Clavileño (mayo y agosto de 1948), *Presencia* (julio-agosto de 1948 / agosto-septiembre de 1950), *Hoja* (agosto de 1948 / diciembre de 1949), *Segrel* (abril-mayo y junio-julio de 1951) e *Ideas de México* (1953-1956); para el caso de las cinco revistas, decía, su pesquisa es incluso más dificultosa que la de los libros, pues se trata de publicaciones periódicas con tiraje reducido que dejaron de verse desde 1956. Ninguna de ellas se conoce en la Hemeroteca Nacional y tampoco hay rastros en la Hemeroteca Lerdo de Tejada; lo mismo ocurre en las bibliotecas de El Colegio de México, del Instituto de Investigaciones Filológicas, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y de las bibliotecas de la UAM. Uno de los lugares donde puede conseguirse algo de ellas es en la biblioteca del Ateneo Español de México, donde se conserva el primer número de los dos que salieron publicados de *Clavileño*; el segundo de los dos de *Segrel*; toda la colección de *Presencia*, lo cual ya es una gran recompensa para el buscador de estas rarezas hemerográficas; los cuatro primeros números de *Hoja* (se trata de una hoja tamaño oficio impresa por los dos lados y que se dobla por la mitad para formar un cuadernillo); y el número doble 15-16 (y último) de *Ideas de México*. En el Fondo Reservado de la Biblioteca de la Universidad Veracruzana, en Xalapa, se consiguen los números 9 a 14 de *Ideas de México*, de los 16 que se publicaron, lo cual ya es bastante.

Por lo expuesto antes, es inexacta la afirmación de Sicot de que “[...] las revistas creadas por ellos [los jóvenes escritores hispanomexicanos] no coinciden ni se super-

ponen en el tiempo [...]”¹⁵, pues basta apreciar la cronología de las tres primeras para percatarse de que en el mismo mes de agosto de 1948, cuando *Clavileño* languidecía, aparecieron *Presencia* y *Hoja*, la cual falleció un año antes de que lo hiciera *Presencia*. En realidad, las únicas revistas que no coinciden ni se superponen con ninguna otra son *Segrel* (nacida y desaparecida en 1951) e *Ideas de México* (cuya segunda época, bajo la dirección de Pascual Buxó, transcurrió entre 1953 y 1956).

A veces, recurrir a los fundadores de las revistas podía arrojar el hallazgo de ejemplares que uno creía borrados de la faz del mundo, aunque eso ya es imposible en los casos de Luis Rius, promotor de *Clavileño*, de Jomí García Ascot, promotor de *Presencia*, y de Arturo Souto, promotor de *Segrel*. Sin embargo, la rica biblioteca y la generosidad de Souto me permitieron el hallazgo del ejemplar de *Segrel* que falta en el Ateneo Español, así como tres de los cinco ejemplares de *Hoja* (los números nones, por cierto), y sus buenos oficios resultaron insoslayables para conseguir el ejemplar de *Clavileño* que falta en el Ateneo. No estaba desencaminado acercarse a José Pascual Buxó, quien fue director de la segunda época de *Ideas de México*, para completar la colección de la revista; y Segovia tenía entre sus papeles, en Madrid, los cinco ejemplares de *Hoja*.

Como puede apreciarse, no es la lejanía de Europa o la cercanía con México lo que dificulta el encuentro con la obra de los

¹⁵ *Ibid.*, p. 45.

escritores hispanomexicanos, sino el paso del tiempo, la falta de reediciones, el aparente desinterés por hacer una edición facsimilar de las revistas grupales, la escasez de ejemplares y lectores, así como el descuido de algunas familias, como la de Rodríguez Chicharro, que ha dilapidado, extraviado y permitido la diezmación de la biblioteca del poeta: la penuria del fondo bibliográfico que se donó a la Universidad Veracruzana muestra la irresponsabilidad y rapiña de que fue objeto.

Breve topografía de las revistas hispanomexicanas

Durante un lapso de ocho años, los integrantes del grupo hispanomexicano se dieron a la tarea de producir cinco revistas donde pudieran plasmar sus inquietudes literarias, así como sus filias y fobias ideológicas (si las hubiere), o su visión del mundo pero, también, eso que Carlos Blanco Aguinaga responde con una pregunta:

¿Qué pretendíamos [...] hacer con *Presencia*, aparte de darnos a conocer¹⁶, y no necesariamente entre los jóvenes mexicanos que también por entonces hacían sus pinitos literarios [...]?¹⁷

Además de la pretensión de darse a conocer en el medio literario, Blanco Aguinaga admite la de dirigirse a cierto público: “[...] cabe suponer que, trataran los textos o no de cosas de España, nos diri-

girámos a lectores españoles.”¹⁸ De acuerdo con lo afirmado por Blanco Aguinaga, el lector ideal de los jóvenes de *Presencia* pudo haber sido español, aunque esa modesta previsión dejaba de lado a los lectores incógnitos, no necesariamente españoles, tanto de ese lejano presente como del futuro. El mismo Carlos Blanco vuelve a decir:

“[...] no podíamos sino pensar que nuestros probables lectores, a más de algunos mexicanos de buena voluntad, [...] habían de ser nuestros mayores en el exilio, nuestros padres, tíos, maestros o amigos de nuestros padres, tíos y maestros, especialmente, claro está, los escritores del exilio.”¹⁹

En 1948, los colaboradores de las cinco revistas contaban con una edad fluctuante entre los 18 años (es el caso de José Pascual Buxó) y los 24 (es el caso de Ramon Xirau), edades donde se incluyen los dos primeros subgrupos del mundillo hispanomexicano: el de los diez nacidos entre 1924-1928, incluidos poetas y narradores (Ramon Xirau, Manuel Durán, Roberto Ruiz, Nuria Parés, Juan Espinasa, Carlos Blanco Aguinaga, Jomí García Ascot, Francisco González Aramburu, Tomás Segovia y Víctor Rico Galán), y el de los nueve nacidos entre 1930-1934 (Alberto Gironella, Arturo Souto, Luis Rius, César Rodríguez Chicharro, Inocencio Burgos, José Pascual Buxó, Enrique de Rivas, Pedro F. Miret y José de la Colina), aunque Parés, De Rivas y Miret no colaboraron en

¹⁶ El subrayado es mío.

¹⁷ Blanco Aguinaga, “*Presencia*: breve nota personal sobre una revista juvenil del exilio”, p. 190.

¹⁸ *Ibid.*, p. 188.

¹⁹ *Ibid.*, p. 189.

ninguna. Por otras razones (que van desde la edad hasta las peculiares circunstancias biográficas) tampoco lo hizo el tercer subgrupo hispanomexicano, el de los cuatro nacidos entre 1934-1937: Francisca Perujo, Angelina Muñiz-Huberman, Gerardo Deniz y Federico Patán. Como, además, las revistas fueron caldo de cultivo y sopa de todo, ninguna de ellas fue estrictamente *subgrupal*, pues en casi todas hay un mestizaje mediante el que aparecen los nombres de varios de los autores en revistas que no son de su grupo, aunque otros eligieron participar sólo en las de su horizonte generacional (como en el caso de Ruiz, Blanco Aguinaga y González Aramburu), y otros sólo aparecen en la última de las revistas (De la Colina, Rodríguez Chicharro y Pascual Buxó), que también acogió a otros “veteranos” de las publicaciones periódicas: Souto, Espinasa, Burgos y Segovia.

Y, así, fueron apareciendo los nombres de Rius, Rico Galán, Souto, Gironella, Burgos, Espinasa y Durán en *Clavileño*; los de Durán, González Aramburu, García Ascot, Xirau, Blanco Aguinaga, Ruiz, Segovia, Rius, Gironella y Burgos en *Presencia*; los de Segovia, Durán y Gironella, en *Hoja*; los de Souto, Rius, Gironella, Burgos y Segovia en *Segrel*; y los de Souto, Espinasa, Gironella, Pascual Buxó, Rodríguez Chicharro, Burgos, Segovia y De la Colina en *Ideas de México*. Cabe señalar que los distintos escritores no hicieron colaboraciones exclusivamente en el terreno donde ahora son más conocidos, sino que, como dije antes, abarcaron por igual la reseña, el ensayo, la poesía, la narrativa y la traducción. Por ejemplo, Gironella entregó poemas y frag-

mentos narrativos; Rodríguez Chicharro, poemas y traducciones del francés; Blanco Aguinaga, poemas y ensayos; Roberto Ruiz, un poema y diversas narraciones; Arturo Souto, relatos y ensayos acerca de artes visuales... Todo lo cual confirma una declaración posterior realizada por el mismo Souto en el sentido de que, independientemente de los géneros cultivados por cada autor, todos destacaron posteriormente como buenos ensayistas²⁰, con excepciones como Parés, quien no se prodigó en este género ensayístico.

¿Qué otra cosa ocurrió con el fenómeno de las revistas y sus colaboradores? Que aparecieron en ese primer momento que pudiera llamarse de “desubicación”, de “añoranza”, de “nostalgia”, es decir, durante un primer período de los escritores que, en términos generales, debe considerarse como juvenil y *sentimental*. España, los paisajes lejanos y el contraste con México fueron algo que, de muchas maneras, permeó los tonos y los temas literarios de los autores, haciendo más sensible el momento en que los jóvenes buscaron modos de expresión que los vincularan con la Patria lejana y con los padres, así como con la literatura y las cosas de los padres. Así que los años que corrieron entre 1948 y 1956 fueron parte de un momento transicional en el que —salvo contados casos— todavía no estaban presentes (desde luego) ni la madurez ni la plenitud literaria de sus integrantes, y en el que la condición del exilio manifestó eventualmente su presencia (insistiré, junto con

²⁰ Cf. Arturo Souto, “Poetas hispanomexicanos: algunos aspectos como ensayistas”, pp. 63-72.

los buenos lectores de la obra del grupo hispanomexicano, que el tema del exilio es escasísimo en ésta, lo cual se prueba con una lectura directa del *corpus* literario de sus 23 escritores).

Que los quehaceres literarios del grupo hispanomexicano no se agotaban en la producción hemerográfica, se prueba con la aparición de los siguientes trece poemarios, contemporáneos de las cuatro revistas generacionales: *Puente* (1946), de Manuel Durán; *Primeros poemas* (1949), de Enrique de Rivas; *Canciones de vela* (1951), de Luis Rius; *Romances de la voz sola* (1951), de Nuria Parés; *10 poemas* y su versión en catalán, *Deu poemes* (1951), de Ramon Xi-rau; *La luz provisional* (1952), de Tomás Segovia; *Con una mano en el ancla* (1952), de César Rodríguez Chicharro; *Ciudad asediada* (1954), de Manuel Durán; *Canciones de ausencia* (1954), de Luis Rius; *Elegías mexicanas* (1955), de José Pascual Buxó; *Siete poemas* (1955), de Tomás Segovia; *Canciones de amor y sombra* (1955), de Luis Rius; y *L'espill soterrat* (1955), de Ramon Xirau. Los únicos poemarios en los que no se percibe ningún rastro de nostalgia peninsular ni de evocaciones lingüísticas, estilísticas o paisajísticas es en los dos de Manuel Durán, tal vez el poeta más precozmente maduro de todos los hispanomexicanos.

Como sea, trece libros paralelos a las cinco revistas dejan ver a un grupo literario ambicioso y deseante de darse a conocer, de *estar aquí* (para decirlo con ese deíctico tan cercano a la visión *nepantla* de García Ascot). Si no todos los autores publicaron entre 1948 y 1956, eso no significa que después dejarían de hacerlo. García Ascot,

por ejemplo, comenzó a publicar sus poemarios durante los años sesenta, pero Rius disminuyó considerablemente lo que parecía un chorro poético; Segovia, por otro lado, nunca dejó de publicar, y el más tardío Deniz acumuló una obra reunida cercana a las quinientas páginas. Rodríguez Chicharro publicó cuatro poemarios entre los años cincuenta y sesenta, pero luego dosificó su producción poética entre los años setenta y ochenta hasta completar siete libros de poemas; Parés sólo publicó dos poemarios después del ya mencionado; y alguien como Blanco Aguinaga, más bien asociado con la narrativa y el ensayo, publicó en 2007, en Xalapa, su única y breve colección poética, *D. F. y alrededores*. Autores como Souto declararon que la musa había dejado de visitarlos, lo mismo que Pascual Buxó, mientras que Patán y Muñiz-Huberman prosiguen con sus respectivas obras ensayísticas, narrativas y en verso (aunque, desde 2013, Patán no ha vuelto a publicar poesía y sólo ha dado a la luz una antología de cuentos en la colección unamera Material de Lectura, con tres textos de los que sólo "Cenizas" es inédito²¹, deteniendo lo que hasta la primera década de este siglo parecía una fuente inagotable de publicaciones personales entre poesía, cuento y ensayo; promete una nueva colección de catorce cuentos titulado, provisionalmente, *Cenizas*).

Lo señalado arriba es parte de casi cualquier radiografía generacional, donde caben lo escaso y lo abundante. Si en las

²¹ Federico Patán. *Material de Lectura*. Nota intr. de Nair María Anaya Ferreira. UNAM, México, 2020 (© 2020), 43 pp. (Serie El Cuento Contemporáneo, 139)

revistas estaban las promesas, en los libros posteriores fueron inscribiéndose las obras cumplidas.

Algunas idiosincrasias hemerográficas

De aceptarse que toda revista generacional es una simultánea carta de presentación e intenciones (y hasta de trazos del futuro), podría rastrearse en las cinco hispanomexicanas lo que sus editores y colaboradores proponían como meditación de grupo, aunque eso no siempre resulta tan evidente: en *Presencia*, por ejemplo, apenas en el número 5-6, de mayo-junio de 1949, se incluye un texto editorial, "18 de julio", donde se ofrece la posición ideológica de sus editores; y en *Hoja* nunca se expone nada parecido a una presentación por parte de Segovia —su promotor y fundador—, así que, de alguna manera, ésta resulta ser la más "desnuda" de las cinco revistas. En las otras tres apareció algún texto introductorio donde se delinearon las características de la revista y las intenciones de quienes la conformaban.

Para efectos de *Clavileño*, Sicot llega al meollo cuando dice que

En el primer número de *Clavileño*, un texto titulado "Primeras palabras", escrito con cierta grandilocuencia por el "director" (Luis Rius) en un español castizo y no contaminado por mexicanismos, terminado por una cita de Cervantes, anuncia claramente una preocupación ex-

clusivamente literaria, acorde con el título escogido por la revista [...]”²².

Así, la declaratoria esencial de Rius respecto al grupo que lo acompañó en la empresa fue:

Somos un grupo más de jóvenes, tan ilusionados como inexpertos, cuyas inquietudes literarias no pueden ser guardadas por más tiempo entre las cuatro paredes del cuarto de trabajo cotidiano [...]”²³

Lo anterior deja ver a un grupo literaturizado, como de torre de marfil, que emerge de una realidad fangosa y parece olvidar los incidentes del exilio, o de la estancia mexicana, salvo por un pequeño párrafo un tanto lateral donde se afirma que

La ventana del estudio es pequeña, insignificante. No la juzguéis con la misma severidad con que juzgáis los grandes ventanales que mantienen vivo el fuego artístico de México.²⁴

Las afirmaciones de Sicot y las palabras de Rius delinean lo que fue, posteriormente, la obra madura del poeta nacido en Tarancón, aunque no lo que realizó el resto de los colaboradores. Valga la afirmación de que *Clavileño*, junto con *Hoja*, fue más una revista de autor que de grupo, al contrario de las otras tres.

²² Sicot, *op. cit.*, p. 38.

²³ Luis Rius, "Primeras palabras", en *Clavileño*, núm. 1, p. 1.

²⁴ *Loc. cit.*

Un año después de lo asentado en *Clavileño*, el consejo editorial de *Presencia* suscribió declaraciones de muy distinto talante:

A pesar de todo, estamos seguros de que el pueblo español, inspirándose en sus tradiciones —que son de libertad y de dignidad humanas— y en las sangrientas experiencias modernas, encontrará el camino hacia un sistema de verdadera convivencia nacional, encaminado a resolver sus problemas y a establecer una auténtica hermandad con las naciones de la América hispánica.²⁵

Frente a la torre marfileña y casticista de *Clavileño*, los de *Presencia* insistían en una reflexión politizada y cargada hacia la izquierda, con proyectos utopistas para España, para las relaciones entre España y América, y para el bienestar general de la sociedad, todo dicho con una lengua que no suena a añoranza de España. Sin olvidar la parte literaria y artística, *Presencia* solía incluir entre sus colaboraciones textos en francés e inglés —sin traducir—, lo cual consolidó su actitud simultáneamente comprometida y cosmopolita. De manera que, aunque *Clavileño* abrió la brecha de las revistas literarias hispanomexicanas, es indudable que *Presencia* fue, desde todo punto de vista, mucho más relevante e inaugural, no sólo por su mayor constancia sino por la claridad de su proyecto literario y político.

²⁵ Jomí García Ascot, “18 de julio”, en *Presencia*, núms. 5-6, p. 1.

Como si se tratara de una curiosa fusión entre *Clavileño* y *Presencia*, el texto de presentación de *Segrel* afirma que los segreles

Eran hidalgos pobres, que sin otros medios para sobrevivir en la lucha por la vida, ejercían funciones ajugaradas y trovadorescas [...] eran [...] bebedores, tahúres, pendencieros, mujeriegos [...].

No es difícil observar, por tanto, que aquellos segreles tenían un cúmulo enorme de semejanzas con el escritor actual. También éste es algo trashumante, algo hidalgo y juglar.

De ellos toma su título *Segrel* [...] Porque lo que sus editores buscan es, sobre todas cosas, la libertad.²⁶

La revista sobrevivió dos números, tal vez como parte de un ímpetu entre segreliano y clavileñista.

El último impulso hemerográfico del grupo fue el de *Ideas de México*. La revista no fue fundada por los hispanomexicanos, pero se distinguió por su apertura hacia todo lo mexicano y “[...] por su deseo —especialmente el de su director— de participar y de fundirse en la cultura mexicana. [Estuvo] abierta a mexicanos y a españoles del exilio [...]”²⁷. Probablemente, lo incompleto del proyecto se haya debido a la difícil conjunción de los hechos exiliares y a la moda, entonces en boga, del indigenismo postrevolucionario. Sin embargo, no puede dejar de reconocerse que las dos revistas más ambiciosas, abarcadoras y cumplidas de todo el proyecto grupal, independientemente de

²⁶ Souto, “Segrel”, en *Segrel*, núm. 1, p. 1.

²⁷ Sicot, *op. cit.*, p. 47.

las diversas calidades de los textos recogidos en ellas, fueron *Presencia* e *Ideas de México*, no obstante las diferencias existentes entre las dos.

En todo caso, la última "Editorial" de *Ideas de México*, con todo y su balance final, también deja ver lo que fue el proyecto de arranque de la revista:

Con esta antología de la nueva poesía española [...], concluye la publicación de *Ideas de México*, en su segunda época.

[...]

Pensamos que *Ideas de México* ha cumplido, aunque sea en bien modesta medida, con uno de sus propósitos iniciales: el de poner ante el público lector una serie de trabajos cuyos autores, en un futuro cercanísimo, constituirán el núcleo más activo y eficaz de la literatura mexicana contemporánea. Hemos de señalar también un fracaso: nuestra pretensión de integrar a los jóvenes escritores españoles que desde hace veinte años viven desterrados en México con aquellos que antes mencionábamos, con el único propósito de que esta conjunción fortaleciera humanamente a unos escritores cuya obra, aún hoy, sigue fundándose en la tradición y en la añoranza. La culpa, de quien la tenga; nosotros ya hemos discutido el caso hasta la saciedad.²⁸

Con este somero balance puede apreciarse que tres revistas se preocuparon exclusivamente por el canto y por "segrear", mientras que *Presencia* insistió en una posición comprometida —en lo político— y

culta —en lo literario—, e *Ideas de México*, en una integración de "lo mexicano" con "lo español". De las palabras de Pascual Buxó (o del Consejo Editorial: Rubén Bonifaz Nuño, Raúl Leyva, Eduardo Lizalde y Rodríguez Chicharro, aunque me parece que el texto fue escrito por Pascual) se aprecia que aún no existía la conciencia de algún sentimiento *nepantla* de la vida, o la certidumbre de algo que pudiera llamarse hispanomexicano, pues todavía se hace la distinción entre mexicanos y "españoles" (gentilicio con el que se designa a los hijos de los republicanos); por otro lado, también es perceptible la claridad crítica mediante la cual se considera que los entonces jóvenes autores de lo que todavía no se llamaba la generación del Medio Siglo estaban destinados a ocupar un lugar preponderante en las letras mexicanas, lo cual así ocurrió, incluidos los autores mexicanos y los hispanomexicanos. Tal vez, a la postre, el proyecto original de la revista sí se cumplió, aunque varios años después de lo previsto por sus entonces jóvenes responsables: ya no se puede dudar de que todos esos escritores forman parte de la misma generación mexicana del Medio Siglo.

Coda

Las revistas del grupo de los hijos de los exiliados ofrecen una radiografía del conjunto: con todo y sus diferencias, trazan lo que la percepción del exilio y la llegada a México fueron para esos jóvenes que hoy conocemos como hispanomexicanos, gracias al neologismo acuñado por Arturo Souto. Carlos Blanco Aguinaga hizo una

²⁸ José Pascual Buxó, "Editorial", en *Ideas de México*, núms. 15-16, pp. 3-4.

valoración de *Presencia*, muy a posteriori (que sólo me parece extensible a *Ideas de México*), y concluyó con objetividad:

[*Presencia*], en el fondo, no había sido gran cosa. Sólo que ocurre, y es lo que me importa aquí especialmente, que habiendo releído de vez en cuando unas y otras cosas de los ocho números de la revista, he llegado a la conclusión de que han quedado ahí poemas, ideas y prosas de principiantes de, por lo menos, tanta calidad como las prosas y versos de otros principiantes de nuestra generación, lo mismo en México que en España.²⁹

Aparte de la *Antología Mascarones* y de la pertenencia a la Facultad de Filosofía y Letras, de la UNAM, fue en las dos épocas de la *Revista Mexicana de Literatura* (1955-1965), inspirada en el universalismo de Alfonso Reyes y el cosmopolitismo de Octavio Paz, donde algunos hispanomexicanos terminaron fusionándose con los escritores nativos para integrar la llamada generación mexicana del Medio Siglo. Los organizadores de la revista fueron Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo, y la mayoría de los colaboradores rondaba la treintena de años. Carlos Blanco Aguinaga y Tomás Segovia fueron dos de los hispanomexicanos que participaron activamente en ese proyecto hemerográfico, tal vez el más cumplido de todos los impulsados por la generación mencionada. En la genealogía de las revistas *Azul*, *Moderna* y *Contemporáneos*, la *Revista Mexicana de Literatura* apadrinó

proyectos como los de *Plural* y *Vuelta*, pero esa ya es otra historia.

Biblio-hemerografía

Bibliografía

- Blanco Aguinaga, Carlos. *Ensayos sobre la literatura del exilio español*. ColMéx, México, 2006. 196 pp. (Literatura del Exilio Español, 8)
- Colina, José de la. "Los transterrados en el cine mexicano", en *El exilio español en México. 1939-1982*. FCE / Salvat, México, 1983 (© 1982), pp. 660-678.
- Mateo Gambarte, Eduardo. *Los niños de la guerra. Literatura del exilio español en México*. Universitat-Pagès editors, Lleida, 1996.
- Paulino, José. "Estudio", en [Luis Rius] *Cuestión de amor y otros poemas*. Pról. de Ángel González. Eds. de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1998, 232 pp. (Humanidades, 24)
- Pavón, Alfredo. "Elegir es arder", en *La dicha del escritor. Homenaje a Federico Patán en su 70 aniversario*. Cabos Suelto, México, 2008 (© 2008), pp. 39-56.
- _____. *Te llamamos Federico*. uv, Xalapa, 2002 (© 2002), 99 pp. (Cuadernos, 47)
- Rivas, Enrique de. "Destierro: ejecutoria y símbolo", en *Sesenta años después. El exilio literario de 1939. Actas del congreso internacional celebrado en la Universidad de La Rioja del 2 al 5 de noviembre de 1999*. Universidad de La Mancha/Associació Dioces /GEXEL, Madrid, 2000, pp. 23-28.
- Rivera, Susana. *Última voz del exilio. El grupo poético hispano-mexicano*. Hiperión, Madrid, 1990 (© 1990), 244 pp. (Poesía Hiperión)

²⁹ Blanco Aguinaga, *op. cit.*, p. 187.

- Sicot, Bernard (ant.). *Ecós del exilio. 13 poetas hispanomexicanos. Antología*. Ediciós do Castro, Coruña, 2003 (© 2003). (Biblioteca del Exilio, 17)
- Souto Alabarce, Arturo. "Poetas hispanomexicanos: algunos aspectos como ensayistas", en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas*. Residencia de Estudiantes / ColMéx, México, 1999, pp. 63-72.
- Treviño, Julio C. (antol.). *Antología Mascarones. Poetas de la Facultad de Filosofía y Letras*. Intr., advertencia y notas de JCT, colofón de Francisco Monterde. UNAM, México, 1954, 220 pp.

Hemerografía

- García Ascot, Jomí. "18 de julio", en *Presencia* (México, D. F.). Mayo-junio de 1949, núms. 5-6.
- Pascual Buxó, José. "Editorial", en *Ideas de México* (México, D. F.). VI: Enero-diciembre de 1956, núms. 15-16.
- Rius, Luis. "Primeras palabras", en *Clavileño* (México, D. F.). Mayo de 1948, núm. 1.
- Souto Alabarce, Arturo. "Segrel", en *Segrel* (México, D. F.). Abril-mayo de 1951, núm. 1.

